

CAPÍTULO CUATRO

(Tomado del libro “Los días señalados de Jesús el Mesías”)

La Agonía de la Crucifixión

Por

Fred R. Coulter

www.iglesiadedioscristianaybiblica.org

El Sacrificio de “El Cordero de Dios” En el Día de la Pascua Señalado

La Profecía de Daniel nueve confirma que *después* de 62 semanas el Mesías sería “cortado pero no por Sí mismo.” Ésta profecía no provee detalles específicos del cómo, cuándo, ni por qué razón sería “cortado” el Mesías. Sin embargo, en el Antiguo Testamento hay decenas de profecías que nos dan detalles específicos concernientes a la agonía de la crucifixión—la *muerte señalada* de Jesús el Mesías. Cuando examinamos el Nuevo Testamento, encontramos éstos detalles proféticos cumplidos en los registros de Mateo, Marcos, Lucas, y Juan (ver Apéndice B: “Veintiocho Profecías Cumplidas en el Día de la Crucifixión”).

Los “tiempos señalados” de Dios... son la *claves* vitales que desbloquean el entendimiento sobre el *tiempo* preciso en que Dios cumplirá los pactos y profecías concernientes a Israel, Judá, y a la Iglesia del Nuevo Testamento. Las profecías de Jesús el Mesías son de suma importancia. Hemos visto que Jesús nació en el “tiempo señalado”—la Fiesta de Trompetas, año 5 a.C. De acuerdo con la profecía de las 70 semanas, Jesús comenzó Su ministerio en el tiempo señalado exacto [el Día de Expiación], al comenzar el año del jubileo [miércoles 11 de septiembre, año 26 d.C.]. En éste capítulo vamos a investigar “el tiempo señalado” de Su crucifixión en el Día de la Pascua, el 14to día del primer mes del Calendario Hebreo Calculado (CHC), año 30 d.C. —el día predestinado desde la fundación del mundo, antes de que Adán y Eva fueran creados.

Justo antes de que Jesús comenzara Su ministerio de tres años y medio, Él fue bautizado por Juan el Bautista por inmersión completa en el agua del río Jordán. Poco después de que comenzara Su ministerio, Jesús dijo a Sus discípulos, “Mi carne [el propósito de Su venida] es hacer la voluntad de Quien Me envió, y **terminar Su obra**” (Juan 4:34).

En la oración final de Jesús al Padre [antes de Su arresto], Él dijo: “**Te he glorificado en la tierra. He acabado la obra que Me diste para hacer**” (Juan 17:4). Aquí debe haberse referido al trabajo de Su ministerio—el cual *finalizó* por medio de esa oración final. Pero había algo más que aún debía terminar—la ignominia de ser acusado falsamente y juzgado, el sufrimiento de ser golpeado y azotado, y la agonía de la muerte por crucifixión. De hecho, éste

fue *un trabajo distinto que tuvo que terminar*. Jesús explicó esto a Sus discípulos mientras iban camino a Jerusalén para observar la Pascua:

“**He aquí, estamos subiendo a Jerusalén, y el Hijo de hombre será traicionado a los sacerdotes jefes y escribas, y ellos Lo condenarán a muerte; Y ellos Lo entregarán a los gentiles para burlarse de Él, y para azotarlo, y para crucificarlo; pero Él se levantará de nuevo al tercer día.**” (Mateo 20:18-19).

Es sorprendente ver que así como Jesús comenzó Su ministerio con un bautismo, también lo concluyó con un bautismo—pero no de agua. Jesús dijo a Sus discípulos: “**Porque tengo un bautismo con que ser bautizado, y ¡cuán agobiado estoy hasta que sea cumplido** [terminado]! (Lucas 12:50; ver también Mateo 20:22-23; Marcos 10:38-39). ¿Cuál fue ese bautismo? Ese bautismo fueron los golpes, los azotes, y la crucifixión final. ¿Por qué Jesús lo llamó bautismo? Jesús fue bautizado figuradamente en Su propia sangre... a través de ésta prueba brutal y espantosa—un verdadero bautismo de Su sangre derramada hasta la muerte. Ese fue Su trabajo final efectuado en el “tiempo señalado” [el Día de la Pascua, año 30 d.C.]. **Jesús tuvo que terminar ese trabajo final—un bautismo sangriento de muerte—**debido a que el plan eterno de Dios giraba en torno a su cumplimiento. ¡Él tuvo que soportar hasta el final! No podía fallar. De hecho, Jesús mismo confirmó que *sí terminó* Su trabajo final. Mientras colgaba de la cruz, Sus últimas palabras antes de morir fueron: “**¡Está terminado!**” **E inclinando Su cabeza, rindió Su espíritu.**” (Juan 19:30).

Ahora examinaremos las profecías más importantes que describen la agonía de la crucifixión, así como su *cumplimiento* registrado en el Nuevo Testamento. Un estudio cuidadoso de los relatos evangélicos nos permitirá reconstruir los seis días previos a la última Pascua de Jesús. El Evangelio de Juan registra eventos que ocurrieron el 10 de Nisán, el “día señalado” para la *selección* de los corderos de la Pascua (Éxodo 12:3-6). Mientras Jesús enseñaba al pueblo, Él dijo: “Ahora mi alma está afligida, y ¿Qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora [este “tiempo señalado”]? **Pero para este mismísimo propósito he venido a esta hora.** Padre, glorifica Tu nombre. Entonces una voz vino desde el cielo, *diciendo*, ‘Yo lo he glorificado y lo glorificaré otra vez.’” (Juan 12:27-28). Esto ocurrió en el 10mo día del primer mes (según el CHC), que era el día en que los hijos de Israel debían seleccionar sus corderos para la Pascua.

Por medio de éste anuncio del cielo, Dios el Padre confirmó a Jesús como Su cordero pascual definitivo. Es por eso que Jesús dijo: “Mi alma está afligida.” Él sabía que Su bautismo sangriento para muerte no estaba más que a pocos días de distancia. En Su última Pascua con los Apóstoles cuatro días después, Jesús dijo: “He aquí, incluso *ahora* la mano de quien Me está traicionando *está* conmigo en la mesa” (Lucas 22:21). Aunque Jesús sabía que Judas lo iba a traicionar, Él le lavó los pies como al resto de los apóstoles (Juan 13:2-5, 11) Después de esto, Judas se fue.

Jesús sabía que el tiempo de Su traición se aproximaba, mientras administraba los símbolos de Su cuerpo y Su sangre a los once apóstoles que estaban con Él. Cuando partió al Monte de los Olivos con los apóstoles [caminando en la obscuridad de aquella espantosa noche] Jesús comenzó a sentir la presión melancólica de los pecados del mundo entero sobre Él. Su

mente estaba llena con pensamientos del dolor, el sufrimiento, y la agonía que le esperaban. Aunque Sus apóstoles estaban con Él, había un aislamiento abrumador que penetraba cada célula de Su ser. Él no podía compartir Su pena con ellos, porque ellos no entendían las cosas que sucederían en el transcurso de la noche y el día de la Pascua. Él ya les había hablado en los días previos a la Pascua [advirtiéndoles sobre Su traición y Su muerte], pero ellos no captaron el significado de Sus palabras. Ellos no comprendían que muy pronto Su vida terminaría con una muerte horripilante en la cruz como el VERDADERO SACRIFICIO DE PASCUA DE DIOS— LA OFRENDA POR EL PECADO DEL MUNDO— ¡un bautismo agonizante para muerte en Su propia sangre!

¡El “tiempo señalado” había llegado! ¡Su cita con el destino se acercaba más y más a su clímax decisivo! El Señor Dios del Antiguo Testamento [habiendo venido a la tierra en la carne] iba a experimentar la muerte final tan horrible que Él y los profetas habían predicho. Ésta es la razón por la cual tuvo que venir al mundo. Él tuvo que venir en la carne para poder morir—para entregar Su cuerpo a ser golpeado, flagelado, y crucificado... y para ofrecer Su sangre por los pecados de la humanidad. Ningún ser humano querría sufrir una muerte lenta y tortuosa en dolor y agonía. La carne de Jesús clamaba a prescindir mientras anticipaba Su sufrimiento. Sólo el amor de Dios [el cual lo había sostenido hasta ese día...] podía darle la fuerza para soportar el sufrimiento que le había sido asignado.

Él manifestó el amor de Dios durante Sus días en la carne, siendo un ejemplo perfecto para Sus discípulos. Ahora el amor de Dios sería manifestado por Su muerte. Mientras caminaban hacia el Monte de los Olivos, Jesús encargó a Sus apóstoles: “ÁMENSE UNOS A OTROS, EN LA MISMA FORMA QUE YO LOS HE AMADO.” Él habló éstas palabras desde lo más íntimo de su ser, deseando grabarlas indeleblemente en sus corazones: “Si guardan Mis mandamientos, vivirán en Mi amor; así como Yo he guardado los mandamientos de Mi Padre, y vivo en Su amor.

“Éstas cosas les He hablado, para que Mi gozo pueda vivir en ustedes, y *que* su gozo pueda ser pleno. **Éste es Mi mandamiento: Que se amen uno al otro, como Yo los he amado.** Nadie tiene más grande amor que éste: que uno ponga su vida por sus amigos.” (Juan 15:10-13).

Jesús estaba a punto de manifestar el amor más grande de todos... al poner Su vida por ellos y por el mundo entero. Pero los apóstoles aún no lo sabían, y tampoco sabían que algunos de ellos también perderían sus vidas por amor a Su nombre. Jesús advirtió a los discípulos que el mundo los odiaría y los perseguiría, de la misma forma en que lo odiaron y persiguieron a Él:

“Si el mundo los odia, sepan que *éste* Me *odió* antes que a ustedes. Si fueran del mundo, el mundo amaría lo suyo. **Sin embargo, porque no son del mundo, sino que Yo personalmente los he escogido del mundo, el mundo los odia por esto. Recuerden la palabra que les hablé: un siervo no es más grande que su maestro. Si ellos Me persiguieron, los perseguirán a ustedes también. Si guardaron Mi palabra, guardarán la *palabra* de ustedes**

también. Pero ellos les harán todas estas cosas por amor a Mi nombre, porque no conocen a Quien Me envió.

“Si no hubiera venido y *no les hubiera* hablado, no habrían tenido pecado; pero ahora no tienen nada para cubrir su pecado. Aquel que Me odia, odia también a Mi Padre. Si no hubiera hecho entre ellos las obras que ningún otro hombre ha hecho, no habrían tenido pecado; pero ahora han visto y odiado a Mi Padre y a Mí. Pero esto ha sucedido para que el dicho pudiera ser cumplido el cual está escrito en su ley, ‘Ellos Me odiaron sin causa.’ Pero cuando el Consolador haya venido, el cual les enviaré del Padre, el Espíritu de la verdad, el cual procede del Padre, ese dará testimonio de Mí. Entonces ustedes también darán testimonio, porque han estado Conmigo desde *el* principio. Les he hablado estas cosas, para que no estén ofendidos.” (Juan 15:18-16:1).

Jesús continúa para advertirles que ellos también serían asesinados por predicar la verdad de Dios:

“Ellos los echarán de las sinagogas; más aún, **el tiempo viene en que todo el que los mate, pensará que está rindiendo servicio a Dios.** Y les harán estas cosas porque no conocen al Padre, ni a Mí. Pero **les he dicho estas cosas, para que cuando el tiempo venga, puedan recordar** que se *las* dije. Sin embargo, no les dije estas cosas en *el* principio porque estaba con ustedes... Estas cosas les he hablado, para que en Mí puedan tener paz. **En el mundo tendrán tribulación. ¡Pero sean valientes! Yo he vencido al mundo.**” (Juan 16:2-4; 33).

Cuando llegaron al Monte de los Olivos, Jesús dijo a Sus apóstoles: “Mi alma está profundamente afligida, incluso de muerte. Quédense aquí y vigilen Conmigo.” (Mateo 26:38). Entonces, tomando a Pedro, Santiago y Juan, se fue al Jardín del Getsemaní. “Y cuando llegó al lugar, les dijo, ‘Oren *para que* no entren en tentación.’ Y se retiró de ellos alrededor de un tiro de piedra; y cayendo en *Sus rodillas*, oró, Diciendo, “Padre, si estás dispuesto a quitar esta copa de Mí—sin embargo, **NO MI VOLUNTAD, SINO TU VOLUNTAD SEA HECHA.**’ ” (Lucas 22:40-42).

Jesús Sabía que No Podía Escapar de la Muerte

Incluso cuando oró al Padre, Jesús sabía que las profecías de Su muerte y sufrimiento debían cumplirse. Como Señor y Dios del Antiguo Testamento, Él mismo reveló a Adán y Eva la primera profecía acerca de Su sufrimiento... en presencia de Satanás [quién más tarde se encargaría de instigar Su muerte] (Génesis 3:15).

Jesús sabía que Él era el Cordero de Dios, “muerto”—o considerado muerto—desde la “fundación” [comienzo] de éste mundo (Apocalipsis 13:8). Él sabía que estaba destinado a morir en ese día de la Pascua—el 14 de Nisán [5 de Abril], año 30 d.C. Como Señor y Dios del Antiguo Testamento, Jesús entró en un pacto con Abraham al pasar entre las partes de los animales sacrificados para jurar Su propia muerte (Génesis 15:5-8). Dios entregó a Abraham las promesas del pacto durante la parte oscura del día [al inicio del 14], presagiando el tiempo en que entregaría las promesas del Nuevo Pacto en la persona de Jesucristo. En la parte clara del día 14 se ejecutaron los animales para sacrificio del pacto. Los cuerpos de los animales fueron partidos a la mitad, permitiendo que su sangre se derramara en el suelo. El cuerpo de Cristo sería batido y abierto durante esas mismas horas, y Su sangre sería derramada hasta la muerte. Ya en la tarde del día 14, los animales sacrificados quedaron inmóviles en el suelo... y Abraham observó y esperó. De igual manera, el cuerpo de Jesús permanecería en la cruz al terminar el día 14, mientras Sus seguidores observaban y esperaban (Lucas 23:49). Aunque Jesús murió a la “hora novena” [o las 3 PM], Su cuerpo no fue colocado en la tumba hasta que el día 14 estuvo a punto de concluir con la puesta del sol.

Casi 2000 años antes, a la misma hora en que Jesús fue sepultado, Abraham experimentó una tipificación de Su muerte y sepultura: “Y sucedió, mientras el sol estaba bajando, que **un profundo sueño cayó sobre Abram. Y he aquí, ¡un horror de gran oscuridad cayó sobre él!**” (Génesis 15:12). Abraham permaneció en éste entierro simbólico después de la puesta del sol. Cuando llegó la oscuridad de la noche, El Señor Pasó entre las partes del sacrificio: “Y sucedió—cuando el sol bajó y era oscuro—he aquí, un horno humeante y una lámpara ardiente pasó *por* entre aquellas piezas” (Verso 17).

Dios confirmó que Él mismo cumpliría el pacto a través de Su propia muerte y sepultura, por medio de éste juramento maledicente. Éste evento—que sucedió durante el tiempo en que Abraham experimentó el “horror de gran oscuridad”—tiene un cumplimiento paralelo en Cristo casi dos mil años después... ese mismo día, a la misma hora. En efecto, la sepultura de Jesús fue representada por ésta “gran oscuridad.” Por otra parte, la única *señal* que Jesús dio como prueba de que Él era el verdadero Mesías de Dios, fue el tiempo que estaría en el “corazón de la tierra” (Mateo 12:40). Jesús fue el único que predijo el tiempo exacto que estaría en la tumba. Ese período de “tiempo” señalado fue específico, siguiendo el patrón de tiempo que el profeta Jonás estuvo en el vientre de la ballena —**tres días y tres noches completos** (Mateo 12:39-40). Un período de tiempo más corto hubiera indicado que Jesús no era el Mesías. De hecho, al yacer en la “gran oscuridad” de la tumba *por tres días y tres noches*, Él confirmó que Él era el Mesías que cumpliría las promesas del Nuevo Pacto.

Jesús Sabía Que las Todas las Palabras de los Profetas Se Cumplirían

La muerte y sufrimiento designados para Jesús sucederían conforme a las predicciones de los profetas, y según la prefiguración del sacrificio del pacto. Cada detalle se cumpliría exactamente como está registrado en las escrituras. Cuando Judas se retiró de Su presencia en esa

noche de Pascua, Jesús sabía que iría directo ante las autoridades para traicionarlo, como está escrito: “Incluso un hombre, mi amigo cercano en quien confiaba, quien comía de mi pan, ha levantado su talón contra Mí” (Salmos 41:9). Jesús también sabía que los ancianos y los jefes de los sacerdotes le pagarían a Judas treinta piezas de plata para traicionarlo: “Y les dije, “Si *está bien*, denme mi precio; y si no, olvídenlo.” Entonces **pesaron mi precio—treinta piezas de plata**” (Zacarías 11:12). El precio por un esclavo muerto eran treinta piezas de plata (Éxodo 21:32).

Jesús también recordó la profecía de Isaías, la cual dice que sería llevado como oveja al matadero.

“Él es despreciado y rechazado de los hombres; un Hombre de dolores, y familiarizado con la aflicción; y nos escondimos de Él como si fueran nuestras caras, fue despreciado, y no lo estimamos. Sin duda ha soportado nuestras enfermedades, y llevado nuestros dolores; aun así lo consideramos aquejado, golpeado de Dios y afligido.

“Pero Él fue herido por nuestras transgresiones; aplastado por nuestras iniquidades; el castigo de nuestra paz fue sobre Él; y con Sus latigazos nosotros mismos somos sanos. Todos nosotros como ovejas nos hemos extraviado; hemos vuelto cada uno a su propio camino; y el SEÑOR ha colocado sobre Él la iniquidad de todos nosotros. Fue oprimido, y afligido; aun así no abrió Su boca. Es traído como un cordero al matadero; y como una oveja delante de su esquilador esta mudo, así Él no abrió Su boca... Él fue cortado de la tierra del viviente; por la trasgresión de Mi pueblo Él fue aquejado... **Aun así el SEÑOR deseó aplastarlo y Lo ha puesto en aflicción: Tú harás Su vida una ofrenda por el pecado...** Verá el tormento de Su alma. Estará completamente satisfecho. Por Su conocimiento Mi Siervo justo justificará a muchos; y llevará sus iniquidades... porque ha derramado Su alma hasta la muerte; y fue contado entre los transgresores; y llevó el pecado de muchos, e hizo intercesión por los transgresores” (Isaías 53:3-12).

Jesús estaba plenamente consciente de que sería objeto de burla, golpeado, escupido... y que sufriría una flagelación espantosa. El látigo de Su flagelación tendría puntas de clavo y vidrio que arrancarían la piel de Su cuerpo literalmente. Después de cuarenta azotes—**bautizado en Su propia sangre** que derramaba de Su espalda, pecho, y brazos—Jesús estaría al borde de la muerte. Él sabía que éste suplicio tortuoso lo dejaría tan horriblemente desfigurado, que sería casi irreconocible. Isaías profetizó todas éstas cosas: “**Y di Mi espalda a los heridores, y Mis mejillas a ellos que arrancaban el pelo;** no oculté Mi cara de vergüenza y esputos... Muchos estaban asombrados de Él—porque **Su cuerpo estaba tan desfigurado—incluso Su forma más allá que la de los hijos de hombres**” (Isaías 50:6; 52:14).

Jesús sabía que la profecía de David en el Salmo 22 estaba a punto de cumplirse. Él mismo exclamaría éstas palabras al colgar de la cruz.

“**Mi Dios, mi Dios, ¿porque me has abandonado**, y *porque estas tan* lejos de ayudarme, y de las palabras de mi gemido? Oh mi Dios, ruego en el día, pero Tú no respondes; y en la estación nocturna, y no estoy callado... Pero yo soy un gusano, y no *un* hombre; **un reproche de hombre y despreciado por la gente**. Todo *el* que Me ve se burla de Mí; ellos brotan el labio; sacuden la cabeza, diciendo, ‘¡Él confió en el SEÑOR; líbrelo Él; rescátelo Él, ya que se deleita en Él!’ ” (Salmos 22:1-2, 6-8).

Incluso durante las burlas y abucheos del pueblo, de los sacerdotes, y los Fariseos... Jesús [**con Su mente como un pedernal**] confiaría en Dios el Padre como lo había hecho desde Sus primeros días en la carne:

“Porque Tú eres quien Me sacó del vientre; haciéndome confiar mientras *estuve* en los senos de Mi madre. Fui echado sobre Ti desde *el* nacimiento; Tú eres Mi Dios desde *el* vientre de Mi madre. No estés lejos de Mí; porque *el* problema está cerca, porque no hay nadie que ayude. Muchos toros Me han rodeado; fuertes toros de Basán Me han rodeado. Ellos abrieron amplio sus bocas a Mí, como un león rapaz y rugiente” (versos 9-13).

Las siguientes profecías de David revelan la agonía insoportable de Jesús, mientras Su vida física se agotaba en la cruz:

“Soy derramado como agua, y todos mis huesos están fuera de *su* articulación [por la sacudida de la cruz al caer en su agujero]; Mi corazón es como cera; esta derretido en medio de Mis entrañas [debido a la pérdida de sangre]. Mi fuerza esta seca como un tiesto, y Mi lengua se aferra a mis mandíbulas.

“Perros [los soldados] Me han rodeado; una banda de malhechores [los sacerdotes y Fariseos] Me ha rodeado; **han traspasado Mis manos y Mis pies** [clavándolo en la cruz]; y Tú Me has traído al polvo de muerte. **Puedo contar todos Mis huesos** [porque la piel había sido arrancada]; ellos miran [asombrados] y *se* recrean Conmigo [porque estaba tan desfigurado]. **Dividen Mis vestidos entre ellos y echan suertes sobre Mi vestidura**” (versos 14-18).

En medio de éste suplicio tortuoso, Jesús pediría a Dios el Padre la fuerza para soportar Su *bautismo de muerte* en Su propia sangre:

“Pero Tú, Oh SEÑOR, no estés lejos de Mí; ¡Oh Mi fuerza, apúrate a ayudarme! Libra Mi alma de la espada, Mi *vida* preciosa del poder del perro. Sálvame de la boca del león; sí, y de los cuernos del buey salvaje. **Tú Me has respondido...** Porque Él no ha despreciado ni aborrecido la aflicción del afligido [Jesucristo], y **Él no ha ocultado Su rostro de él, sino cuando Él Le clamó, Él escuchó**” (versos 19-24).

Estas palabras proféticas de David demuestran que Dios el Padre no desampararía del todo a Su hijo en ningún momento de Su sufrimiento y crucifixión, sino que estaría con Él mientras cargara con los pecados del mundo.

En el Salmo 69, Dios inspiró a David a escribir más sobre los pensamientos que Jesús tendría al colgar de la cruz. A pesar de vivir una vida perfecta en la carne y no haber cometido un solo pecado, Jesús sería odiado y condenado a morir por crucifixión [que era el destino de todo criminal]. Su muerte traería cierto peligro a Sus discípulos, y hasta Sus propios hermanos y hermanas físicos lo rechazarían en un determinado momento:

“**Aquellos que me odian sin causa son más que los cabellos de mi cabeza;** aquellos quienes me cercarían son poderosos siendo injustamente mis enemigos... No dejes a aquellos quienes esperan en Ti, Oh Señor Dios de *los* ejércitos, ser avergonzados por mi causa; **no dejes a quienes Te buscan ser avergonzados por mi causa,** Oh Dios de Israel, Porque **por Tu amor he soportado reproche, vergüenza ha cubierto mi cara.** He llegado a ser un desconocido a Mis hermanos y un extraño a los hijos de Mi madre” (Salmos 69:4-8).

Jesús soportaría toda la vergüenza y agonía de la crucifixión [siendo bautizado en Su propia sangre para muerte] a causa de Su profundo amor y celo por Dios el Padre:

“**Porque el celo de Tu casa Me ha comido, y los reproches de aquellos que Te reprocharon han caído sobre Mí...** Óyeme, Oh SEÑOR, porque Tu firme amor es bueno; vuélvete a mí de acuerdo a la multitud de Tus tiernas misericordias. Y no escondas Tu cara de Tu siervo, porque estoy en problema; respóndeme rápidamente. Acércate hacia mi alma y redímela; sálvame a causa de mis enemigos. **Tú has conocido mi reproche, y mi vergüenza, y mi deshonra** [ser ejecutado como un criminal]; mis enemigos están todos ante Ti. **Reproche ha roto mi corazón, y estoy lleno de pesadez; y busqué simpatía, pero no hubo nada; y consoladores, pero no encontré ninguno.** Ellos también Me dieron bilis por Mi comida; y en Mi sed Me dieron vinagre a beber” (versos 9, 16-21).

Jesús sabía que tendría que cargar con éste suplicio humillante y vergonzoso hasta el final. Él sabía que Su sufrimiento sería tan insoportable... al grado de llegar a sentir que el Padre lo había abandonado. Sabía que una lanza traspasaría un costado de Su cuerpo, tal como lo escribió el profeta Zacarías [por inspiración]: “Y ellos **Me mirarán a Quien han atravesado**, y lamentarán por Él, como uno lamenta por su único *hijo*, y estarán en amargura por Él, como la amargura por el primogénito” (Zacarías 12:10).

Jesús oró al Padre con gran angustia, sabiendo que cada una de estas profecías debía cumplirse. La idea de sufrir una muerte tan horrible y despiadada era casi insoportable. Lucas registra: “Entonces un ángel del cielo Le apareció, fortaleciéndolo. **Y estando en agonía** [en Su mente y espíritu, sabiendo que toda la eternidad giraba en torno a éste día “señalado”] **oró más fervorosamente. Y Su sudor llegó a ser como grandes gotas de sangre cayendo a la tierra**” (Lucas 22:43-44).

Jesús Visualizó el Reino de Dios

En los momentos de sufrimiento, Jesús enfocó Su mente en Su resurrección venidera y el Reino de Dios. Él nunca dudó que sería elevado de entre los muertos por el poder de Dios el Padre, sino que visualizó el tiempo cuando Él le daría gloria y alabanza en la futura resurrección de los Santos... cuando se establezca Su reino sobre toda la tierra:

“De Ti viene mi alabanza en la gran congregación; pagaré mis votos delante de aquellos quienes Te temen [Los santos resucitados]. El manso comerá y estará satisfecho, aquellos quienes buscan al SEÑOR Lo alabarán; pueda tu corazón vivir por siempre. Todos los confines de la tierra recordarán y volverán al SEÑOR [gracias al sacrificio de Jesucristo por el pecado]; y todas las familias de las naciones adorarán delante de Ti [a Su retorno], Porque el reino es del SEÑOR y Él gobierna sobre las naciones.

“Todos los ricos de la tierra comerán y adorarán; todos aquellos que bajan al polvo se inclinarán delante de Él; incluso el que no puede mantener su propia alma viva. Una semilla Le servirá; será dicho del SEÑOR a la generación venidera. Ellos vendrán y declararán Su justicia a una gente que aún no ha nacido, que Él ha hecho esto [por medio de la crucifixión y resurrección de Jesucristo]” (Salmos 22:25-31).

En Sus últimas palabras antes de Su arresto, Jesús pidió a Dios el Padre que lo restaurara a la gloria que tuvo con el Padre antes de que el mundo existiera. También rogó por Sus discípulos y por aquellos que llegarían a ser Sus discípulos a través de la predicación del Evangelio, para que todos pudieran ser uno con él y con el Padre:

“Jesús habló estas palabras, y levantó Sus ojos al cielo y dijo, ‘Padre, **la hora** [el tiempo señalado] **ha llegado**; glorifica a Tu propio Hijo, para que Tu Hijo también pueda glorificarte; Ya que le has dado autoridad sobre toda carne, para que pueda dar vida eterna a todos aquellos que le has dado. Porque esto es vida eterna, que ellos puedan conocerte, el único verdadero Dios, y a Jesucristo, a Quien Tú enviaste. **Te he glorificado en la tierra. He acabado la obra que Me diste para hacer.**

“Y ahora, **Padre, glorifícame con Tu propio ser, con la gloria que tuve Contigo antes que el mundo existiera.** He manifestado Tu nombre a los hombres que me has dado del mundo. Ellos eran Tuyos, y Me los has dado, y han guardado Tu Palabra. Ahora ellos han conocido que todas las cosas que Me has dado son Tuyas. Porque les he dado las palabras que Me diste; y *las* han recibido; y verdaderamente han conocido que vine de Ti; y han creído que Me enviaste.

“Estoy orando por ellos; no estoy orando por el mundo, sino por aquellos que Me has dado, porque son Tuyos. Todos los Míos son Tuyos, y todos los Tuyos *son* Míos; y he sido glorificado en ellos. **Y ya no estoy más en el mundo, pero éstos están en el mundo, y Yo vengo a Ti. Padre Santo, guárdalos en Tú nombre, aquellos que Me has dado, para que puedan ser uno, así como Nosotros *somos uno*.** Cuando estaba con ellos en el mundo, Yo los guardé en Tu nombre. Protegí aquellos que Me has dado, y ninguno de ellos ha muerto excepto el hijo de perdición, para que las escrituras pudieran ser cumplidas.

“Pero ahora vengo a Ti; y estas cosas estoy hablando *mientras aún* en el mundo, para que puedan tener Mi gozo cumplido en ellos. **Les he dado Tus palabras, y el mundo los ha odiado** porque no son del mundo, así como Yo no soy del mundo. No oro que los saques del mundo, sino **que los guardes del maligno.** No son del mundo, así como Yo no soy del mundo. **Santifícalos en Tú verdad; Tú Palabra es la verdad.**

“Así como Me enviaste al mundo, Yo también los he enviado al mundo. **Y por su amor Me santifico a Mí mismo, para que también puedan ser santificados en Tú verdad.** No oro por éstos solamente, sino también por aquellos que creerán en Mí a través de su palabra; Para que **todos ellos puedan ser uno; así como Tú, Padre, estás en Mí, y Yo en Ti; que ellos también puedan ser uno en Nosotros,** para que el mundo pueda creer que Tú sí Me enviaste.

“Y Yo les he dado la gloria que Me diste, para que puedan ser uno, en la misma forma *que* Nosotros somos uno: Yo en ellos, y Tú en Mí, para que puedan ser perfeccionados en uno; y que el mundo pueda saber que Tú sí me enviaste, y que los has amado como Me has amado. Padre, deseo que aquellos que Me has dado, también puedan estar Conmigo donde Yo esté, para que puedan ver Mi gloria, la cual Me has dado; porque **Me amaste antes de la fundación del mundo**. Padre justo, el mundo no Te ha conocido; pero Yo Te he conocido, y éstos han sabido que Tú sí Me enviaste. **Y les he hecho conocer Tu nombre** [a través de Su muerte y resurrección], **y lo haré conocido; para que el amor con el cual Me has amado esté en ellos, y Yo en ellos.**’ ” (Juan 17:1-26).

Cuando Jesús terminó esta oración, se levantó y regresó a Sus discípulos. “Después de decir estas cosas, Jesús salió con Sus discípulos *a un lugar* más allá de la corriente invernal de Cedrón, donde había un jardín en el cual Él y Sus discípulos entraron. Y Judas, quien estaba traicionándolo, también sabía del lugar porque Jesús a menudo *se* había reunido allí con Sus discípulos” (Juan 18:1-2).

Finalmente llegó el “tiempo señalado” para entregar a Jesús en manos de pecadores, y para que Él mismo entregara Su vida por los pecados del mundo. Ésta fue la muerte de Dios manifestado en la carne— *¡El Dios Creador!* **Sólo Su muerte podía pagar por los pecados de toda la humanidad**. Él tomo sobre sí mismo la pena por el pecado [la muerte] de manera voluntaria, debido al profundo amor de Dios por la humanidad. Aunque fue hecho en semejanza de carne pecaminosa (Romanos 8:2-3), Él nunca pecó. Por lo tanto, al ofrecer Su vida... fue tomado en cuenta como sacrificio perfecto por el pecado.

Jesús experimentaría una muerte cruel y despiadada, a manos de hombres malvados y traicioneros **influenciados por Satanás el diablo: ¡el autor del pecado, y enemigo de Dios y del hombre!** ¿Podía Dios manifestado en la carne conquistar el pecado, y vencer a Satanás a través del sufrimiento y la vergüenza de la cruz?

No había duda de que Él era capaz de soportar el dolor y la agonía de las golpizas, los azotes, y la crucifixión. ¿Por qué?... ¿Cuál fue Su mentalidad? Veamos ésta profecía de Isaías: “Y di Mi espalda a los heridores, y Mis mejillas a ellos que arrancaban el pelo; no oculté Mi cara de vergüenza y esputos, porque el SEÑOR DIOS Me ayudará; por lo tanto, no He sido deshonrado. A cuenta de esto He PUESTO MI ROSTRO COMO PEDERNAL, y Sé que no seré avergonzado” (Isaías 50:6-7).

El apóstol Pablo también escribió sobre la actitud de Jesús en el libro de Hebreos: “[Jesús] Quien **por el gozo que tenía delante de Él resistió la cruz, aunque despreció la vergüenza**, y *se* ha sentado a *la* mano derecha del trono de Dios” (Hebreos 12:2).

El hecho mismo de que Jesús muriera de ésta forma, fue el propósito final de Su venida en la carne. Él tuvo que degustar la muerte por cada persona, porque sólo Él es el Salvador de la humanidad:

“Pero vemos a Jesús, Quien *fue* hecho un poco menor que *los* ángeles, coronado con gloria y honor **a cuenta de sufrir la muerte, para que por la gracia de Dios Él mismo pudiera probar la muerte por todos**; Porque era apropiado para Él, para Quien todas las cosas *fueron creadas*, y por Quien todas las cosas *existen*, traer muchos hijos a *la gloria*, para hacer al Autor de su salvación perfecto a través de sufrimientos. Porque ambos, Quien está santificando y aquellos que son santificados *son* todos de Uno; por tal causa Él no está avergonzado de llamarlos hermanos, Diciendo, ‘Declararé Tu nombre a Mis hermanos; en medio de *la iglesia* cantaré alabanza a Ti.’ Y nuevamente, ‘Estaré confiando en Él.’ Y de nuevo, ‘He aquí, Yo y los hijos que Dios Me ha dado’ ” (Hebreos 2:9-13).

Esto es lo que Jesús debe haber estado pensando mientras terminaba Su oración. ¡El momento había llegado! El tiempo de Su traición estaba próximo. Judas iba en camino. Jesús estaba listo.

La Prueba Comienza

Las oraciones fervientes de Jesús en el Jardín de Getsemaní le trajeron fuerza de parte del Padre (Lucas 22:43). Decidido a hacer la voluntad de Su Padre, Jesús dijo a Sus apóstoles: “He aquí, la hora se ha acercado, y el Hijo de hombre es traicionado en *las* manos de pecadores. ¡Levántense! Vámonos. Miren, aquel que está traicionándome está acercándose” (Mateo 26:45-46).

Al instante, Jesús dio un paso al frente para encontrarse con Judas, quien para entonces estaba poseído por Satanás. La profecía sobre Su arresto se estaba cumpliendo: “E inmediatamente, mientras Él estaba hablando, Judas, siendo uno de los doce, subió con una gran multitud con espadas y palos, de los sumos sacerdotes y los escribas y los ancianos. Entonces el que estaba traicionándolo les había dado una señal, diciendo, ‘**A quien yo besare, Él es *aquel*. Arréstenlo** y llévenselo aseguradamente.’ Y tan pronto como subió a Él, dijo, ‘Maestro, Maestro,’ y Lo besó formalmente. Entonces ellos pusieron sus manos sobre Él y Lo arrestaron” (Marcos 14:43-46).

Jesús fue arrestado como un criminal cualquiera, tal como las Escrituras lo habían profetizado: “En ese punto Jesús dijo a la multitud, ‘¿Han salido para llevarme con espadas y palos, como contra un ladrón? Me sentaba día tras día con ustedes, enseñando en el templo, y no Me arrestaron. **Pero todo esto ha pasado para que las Escrituras de los profetas pudieran ser cumplidas.**’ Entonces todos los discípulos Lo abandonaron y huyeron [cumpliendo con la profecía en Zacarías 13:7]” (Mateo 26:55-56).

Al desencadenarse la secuencia de eventos angustiosos—acusaciones falsas y juicios injustos, golpizas violentas, burlas y esputos humillantes, flagelación despiadada, y una muerte

lenta por crucifixión—Jesucristo permaneció firme en Su amor y lealtad a Dios el Padre. Pero los discípulos y mujeres que miraban el cuerpo mutilado y ensangrentado de Jesús, no podían entender lo que estaban presenciando. Éstos se mantuvieron a cierta distancia, mirando su crucifixión desconcertada e incrédulamente. No podían creer que esto le pudiera estar pasando a Jesús, a Quien creyeron ser el Hijo de Dios, su Salvador. ¿Cómo era posible que el Mesías prometido fuera clavado sobre la cruz en desnuda vergüenza... muriendo ante sus propios ojos? Ellos anhelaban que [Jesús] los salvara de la opresión Romana, y estableciera el Reino de Dios. Al presenciar Su último aliento deben haber pensado: *No habrá salvación, ni ahora ni nunca.* Pero no se dieron cuenta sino hasta después de la resurrección, que **el derramamiento de la sangre de Jesús ¡fue el principio de la salvación del mundo!**

El Hijo de Dios murió para expiar los pecados del mundo, precisamente en “el tiempo señalado” planeado desde el principio. Como Él es el Dios Quien creó al hombre, Su muerte pagó la pena por los pecados de todos los seres humanos [abriéndole el camino a toda la humanidad para recibir el regalo de la vida eterna]. Éste fue el inicio del Nuevo Pacto—que traería salvación a todo el mundo en el “tiempo señalado” de Dios—sellado con el cuerpo y la sangre de Jesucristo.

Jesús el Mesías fue **bautizado en Su propia sangre hasta “LA MUERTE.”** Ésta fue Su obra más grande como Dios manifestado en la carne. Jesús mismo lo proclamó con Sus últimas palabras: **“ESTÁ TERMINADO”** (Juan 19:30).